

para que reediten las demás obras agotadas del doctor profesor.

Antonio Floriano era conocido por el "escarbaor". Así le llamaban de siempre, porque desde muy joven estaba escarbaando y buscando por todas partes: en el Cáceres viejo, junto al sabio arqueólogo alemán Adolfo Schulten, etc. Cada vez que concurría a la tertulia de Luciano Jiménez —en los soportales de la plaza Mayor cacereña, le decía el Conde de Canilleros: "Ya viene el escarbaor..."

Su condición de periodista en la juventud bien vale la pena de ser estudiada por los jóvenes licenciados y periodistas por la agudeza de los trabajos de su autor, que se distinguía como polemista, continuando la tradición extremeña.

Otra faceta que no puede pasar inadvertida es la de poeta y su dedicación a la Excelsa Patrona María de la Montaña.

Antonio Floriano ha dejado una obra diversa, una importante contribución a la historia de Cáceres.

Su saber era mucho y podría considerársele como un polígrafo

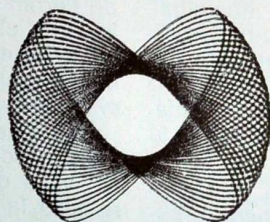
Su magisterio lo llevó a cabo con claridad de exposición. Ya Ortega y Gasset en su mente limeña habló de la necesidad de un "vivir de claridades".

Los rasgos más acusados de su personalidad lo formaban su caceñismo bien acendrado y su culto a la amistad.

Le encantaba reunirse con sus amigos cacereños que tanto le querían y celebraban sus expresiones y cómo no sus notas de humor, que le afloraban fácilmente. Con ello se encontraba muy a gusto.

La profesora Marina López, tan conocida en Cáceres, por su magisterio, y hermana política del historiógrafo, nos ha facilitado algunos detalles para completar este trabajo.

Desde las columnas de "ALCANTARA" rendimos piadoso recuerdo al gran cacereño desaparecido.



EL CHICO DE LA IMPRENTA

(Cuento)

por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA

El Béjar del año 1934, infantilmente, estaba dominado por cuatro líderes. El de La Antigua, se llamaba Andrés Ortigosa. El de la Plaza Mayor era mi hermano Camilo José. El de San Juan era Pedro Carcaboso. Y el de la Corredera, se llamaba Honorio Vilaseca.

Es curioso que los problemas y situaciones de las personas mayores se reflejen, de una manera tan exacta, en los chiquillos.

Porque resulta que La Antigua, que era un barrio proletario, tenía fama de extremista de izquierdas. La Plaza Mayor era, en general, mesocrática. San Juan era una mezcla de mesocracia y obrerismo templado. Y La Corredera era el punto de arranque del futuro, del cual quién sabía hacia donde iba a dirigirse.

Y se formaron cuatro equipos de fútbol. El capitaneado por Andrés Ortigosa era la mar de expeditivo. Cuando iban a perder, o rajaban el balón del equipo contrario o se liaban a puñetazos contra los enemigos deportivos. Andrés Ortigosa tenía fama de valentón y traganiños. Tenía el pelo rubiasco y los labios muy gordos. Daban tremendos patadones al balón, pero no tenían un equipo conjuntado. Cada uno iba vestido con el jersey que le daba la gana. Su equipo se llamaba «El Furia». No tenían más estrella futbolística que a Ortigosa, el cual era inquieto y decidido.

La Antigua tenía personalidad, con sus viejas casas, sus soportales oscuros, sus huertos en las partes traseras de las casas, una iglesia, las señoriales casas de la plazoleta de Santa María...

El barrio tenía algunos tipos curiosos, como un hojalatero muy cachazudo, un obrero que guisaba como nadie el plato típico local denominado calderillo, un tallista de mucha categoría artística, un músico del clarinete que enseñaba la solfa a sus hijos a trompetazo limpio, un carpintero que sabía hacer preciosos juguetes, un heladero muy alltote, un panadero muy religioso... Pero el amo de la chiquillería era Orti-

gosa. Los chiquillos de La Antigua venían en pandilla hasta la Plaza Mayor y allí nos desafiaban a echar un partido de fútbol. Camilo José, muy serio, aceptaba y nos colocaba a cada uno en un puesto determinado.

Venían los guardias municipales y nos echaban de allí. Los guardias municipales tenían personalidad. Uno era gordo, mofletudo y autoritario. Otro era más suave, pero de voz atiplada y nos reíamos de él, cuando nos reñía.

Así es que, por decisión de Camilo José, los partidos fuimos a jugarlos al paseo de Santa Ana, con su ermita pequeña, su fuente horaciana, sus castaños de Indias, sus niñeras vestidas de niñeras y tres o cuatro dueños de fincas importantes, con preciosos chalets. Uno que no se metía con nosotros era don Pedro Junquera, con su barba maurista, su solemne traje negro y su señorial estampa.

Una tarde concertamos los de la Plaza Mayor, cuyo equipo denominamos «El Rayo», un encuentro contra «El Furia». Ya la cosa comenzó mal porque ellos querían coger la mejor portería. Camilo José propuso la suerte de la moneda al aire y les tocó a ellos. Desde el principio vimos que se tiraban más derechos a nuestras espinillas que al balón. Camilo José les advirtió que si seguían así nos retirábamos. Yo le dije que ya me retiraba, pero él aquella tarde tenía mucho empeño en que jugara y me colocó de defensa y él de portero. Ortigosa jugaba de delantero centro y sus compañeros le hacían mucho el llamado pase de la muerte y el tío se tiraba como una fiera contra mi hermano. Una vez el balón estaba llegando ya a las manos de Camilo José y Ortigosa abandonó el balón y tiró un patadón contra la cabeza de mi hermano, dándole en plena frente. Camilo José cayó por el suelo, sin sentido. Unos se liaron a puñetazos contra otros y aquello se convirtió en una batalla campal. Y el pobre de Camilo sin volver en sí. En esto apareció, de una casa cercana, una mujer con una palangana llena de agua y una toalla, mojando la frente de Camilo, le lavó la herida, le dio con un poco de yodo y se la vendó. Los de La Antigua, al ver el desaguisado, salieron corriendo hacia su barrio. Decidimos no volver a jugar con ellos.

Luego nos pusimos de acuerdo con los de San Juan, que tenían jugadores estupendos. El capitán, Pedro Carcaboso, era bajito, pero batallador y pegajoso. Otro interior bueno era Maera, con su pelo ensortijado, su dentadura superior sin un diente, su sonrisa permanente y sus escapadas singulares y peligrosas. También tenían a un extremo izquierdo apellidado Gil, con una estatura elevada, una zancada larguísima y chutaba con la pierna izquierda, con una precisión extraordinaria. Portero era un chico catalán apellidado Capella. muy anchote de

espaldas, voz tonante, poderoso en sus puñetazos al balón y noblote de intenciones.

Con los de San Juan jugábamos en el atrio de la iglesia. El sacristán, un viejecito con cara de oblea y lentes plateados, parecía recién salido de un libro de horas anónimas. Nos reñía con buenas maneras.

Después nos pusimos en contacto con los del equipo de La Corredera y acordamos que todos los encuentros se realizasen allí. Se hizo un reglamento de muchos artículos y lo firmaron los capitanes. Esta vez, Camilo José me excluyó de una manera rotunda del equipo, pues decía que cada equipo se jugaba tres duros y que había que seleccionar mucho a los participantes.

—Eso sí —me dijo— puedes hacer una reseña de los partidos y se la mandamos al semanario «Béjar de Madrid», para que la publique.

Como no tenía otra solución, me conformé y me fui a presenciar el partido con una libreta de papel y un lapicero, para tomar mis notas, que luego redacté en casa y se las presenté a mi hermano Camilo José, en forma de crónica.

Camilo José se puso furioso cuando la leyó y me soltó:

—¿Y quieres que esta porquería de crónica te la publiquen?

Y sin más la rompió y redactó él una distinta, obligándome a que yo la firmara.

—Está bien —le repliqué— pero otra vez no hago nada...

—Peor para ti. Así nunca aprenderás a escribir. Todas las cosas salen mal, al principio.

Y lo dijo con una cara de veterano, tan tremenda, que me convenció y continué haciendo crónicas y él, rompiéndolas y redactando otras mejores.

A mí esto me ponía rabioso y puse tanto empeño en hacerlas bien que, al cabo de medio año, ya permitió que se publicasen las mías.

En realidad nos facilitaba mucho el poder publicar estas crónicas deportivas en el semanario local la gran amistad personal de Camilo José con un tipógrafo y redactor de «Béjar en Madrid» llamado Serafin. Este chico tenía unos dieciséis años, ondulado el pelo, gordos los labios, altote y trabajador consumado. Serafin vivía cerca de nuestra casa, en una llamada de «La Médica», no sé por qué y era un muchacho inteligente, que trabajaba ocho horas en la imprenta, leía otro par de ellas y escribía todo cuanto podía para el periódico.

En la imprenta estaba, de regente, un señor de largo blusón, más largos bigotes blancos, gorra de visera y cara triangular, muy suave de carácter, que siempre trabajaba en una máquina «Minerva», de pedal, dale que dale a la faena. Se llamaba Sabino Yedra.

Otro chico que trabajaba allí era un señor extraordinario. Se llamaba Alfonso y era fino de modales, exquisito de parla, elegante de indumentaria. Su conversación era un lujo del buen decir, del subyugante decir. Tenía unos dieciocho años y nos contaba sus aventuras amorosas, con unas descripciones tan plásticas, tan exuberantes, tan detalladas y llenas de pormenores que resultaban una perfecta novela erótica. Tenía una fantasía ilimitada. Dejaba chico al mismo Camilo José. Vestía, en la calle, siempre de negro, con un pañuelo immaculado en el bolsillo superior de la chaqueta y cuidaba la brillantez de sus zapatos, la raya del pantalón y la tersura del peinado. Cuando Camilo José y él se encontraban en alguna parte, ya se estaban, charlando, el par de horas, cuando menos. Camilo le admiraba mucho y prestaba mucha atención a todo cuanto relataba.

Alfonso vivía en las afueras de la ciudad. En el piso bajo de su casa habitaba una carbonera que tenía una hija de unos dieciséis años, que era un bombón celestial. Alfonso nos iba contando, día por día, las charlas y mucho más que sostenía con Martina, la hija de la carbonera y nos tenía, a todos, con la boca abierta y hecha agua erótica.

Alfonso jugaba en nuestro equipo y era inteligente y ágil, osado y decidido a la hora de avanzar por su línea de extremo derecha.

Una mañana de duro partido, vimos cómo Alfonso cogía el balón, avanzaba por su banda, a una velocidad endiablada. De repente cayó al suelo y empezó a echar sangre por la boca. Nos acercamos a él y estaba muy pálido, pero sereno. Era todo un señor. Le llevamos hasta su casa y su madre se asustó mucho, pero se le pasaron los vómitos de sangre. Todos los días íbamos a verle a eso de las ocho de la tarde. Un día fuimos un poco más pronto Camilo y yo y metida en la cama con Alfonso estaba Martina, en combinación negra. Ninguno se asustó. Alfonso nos sonrió y nos dijo:

—¿Queréis volver, como dentro de una hora?

Camilo José y yo nos fuimos, sin hablar.

Aquel día no volvimos por su casa. Al día siguiente, a eso de las once de la mañana, vimos pegada, en una esquina de nuestra calle, la esquela de defunción del fabuloso Alfonso. Nos quedamos más fríos que la nieve. Yo le dije a Camilo José:

—Ves, ha muerto por hacer tanto «eso».

Seguimos hacia la calle Mayor. Nos encontramos a varios amigos. Todos estaban sorprendidos y tristes. Todos estaban conformes en que Alfonso había fallecido de tuberculosis por hacer tanto «eso».

El comentario de Camilo José fue:

— Sois una partida de majaderos.



GARCIA SILVA

Del día 10 al 25 de septiembre, se celebró en la Sala de Exposiciones del Ministerio de Cultura, la muestra del pintor Pablo García Silva, artista madrileño, con estudios de oficialía industrial y alumno becario también durante tres

años de la escuela de Fomento de las Artes y de la Estética (FAE) de Madrid.

Es ésta de Cáceres, su primera exposición individual, ofrece 35 trabajos calificando a la serie de pintura gráfica.

En realidad son obras preferentemente de delineación hábil, algu-

Arte
